

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
SERIE LIBROS FLACSO-CHILE



Organización  
Panamericana  
de la Salud



Instituto  
Chileno  
de Terapia  
Familiar



NÚCLEO DE  
INVESTIGACIÓN  
Sociología del cuerpo  
y las emociones

# **SALUD MENTAL Y PERSONAS MAYORES: Reflexiones teórico-conceptuales para la investigación social de las demencias**

Gabriel Guajardo Soto  
(Coordinador)

Santiago de Chile, diciembre de 2016

Esta publicación debe citarse como:

Guajardo, G. (Coord.) (2016). *Salud Mental y Personas Mayores: Reflexiones teórico-conceptuales para la investigación social de las demencias*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.

Ediciones FLACSO-Chile

Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura - Santiago de Chile

[www.flacsochile.org](http://www.flacsochile.org)

Impreso en Santiago de Chile

Diciembre de 2016

ISBN Libro impreso: 978-956-205-259-7

Descriptorios:

1. Demencias
2. Personas mayores
3. Ciencias Sociales
4. Enfermedad mental
5. Sufrimiento social
6. Contextualismo fenomenológico
7. Políticas públicas
8. Investigación de mercado
9. América Latina
10. Chile

Producción Editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile.

Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile.

Diseño de portada: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile.

Corrección: Verónica Cenitagoya Garín, FLACSO-Chile.

Impresión: Gráfica LOM, Concha y Toro 25, Santiago, Chile

Este libro es una publicación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile. Sus contenidos no pueden ser reproducidos o traducidos totalmente o en parte, sin autorización previa de FLACSO-Chile, que dará consideración favorable a las solicitudes de autorización para reproducir o traducir.

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
Ángel Flisfisch Fernández Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile	
PRESENTACIÓN	11
María Emilia Tijoux Merino Núcleo de Investigación Sociología del Cuerpo y Emociones, Universidad de Chile	
PRESENTACIÓN	15
María Cecilia Grez Jordán Instituto Chileno de Terapia Familiar	
INTRODUCCIÓN	17
Gabriel Guajardo Soto	
<b>PARTE I.</b>	<b>23</b>
<b>PERSPECTIVAS PARA EL ANÁLISIS</b>	
CAPÍTULO 1.	25
Contribuciones desde la perspectiva del sufrimiento social para la investigación en vejez y envejecimiento María Emilia Tijoux Merino	
CAPÍTULO 2.	35
Reflexiones clínicas desde una mirada intersubjetiva, sobre el impacto de la vejez y el envejecimiento en las familias actuales: Un desafío en curso Carolina Correa	

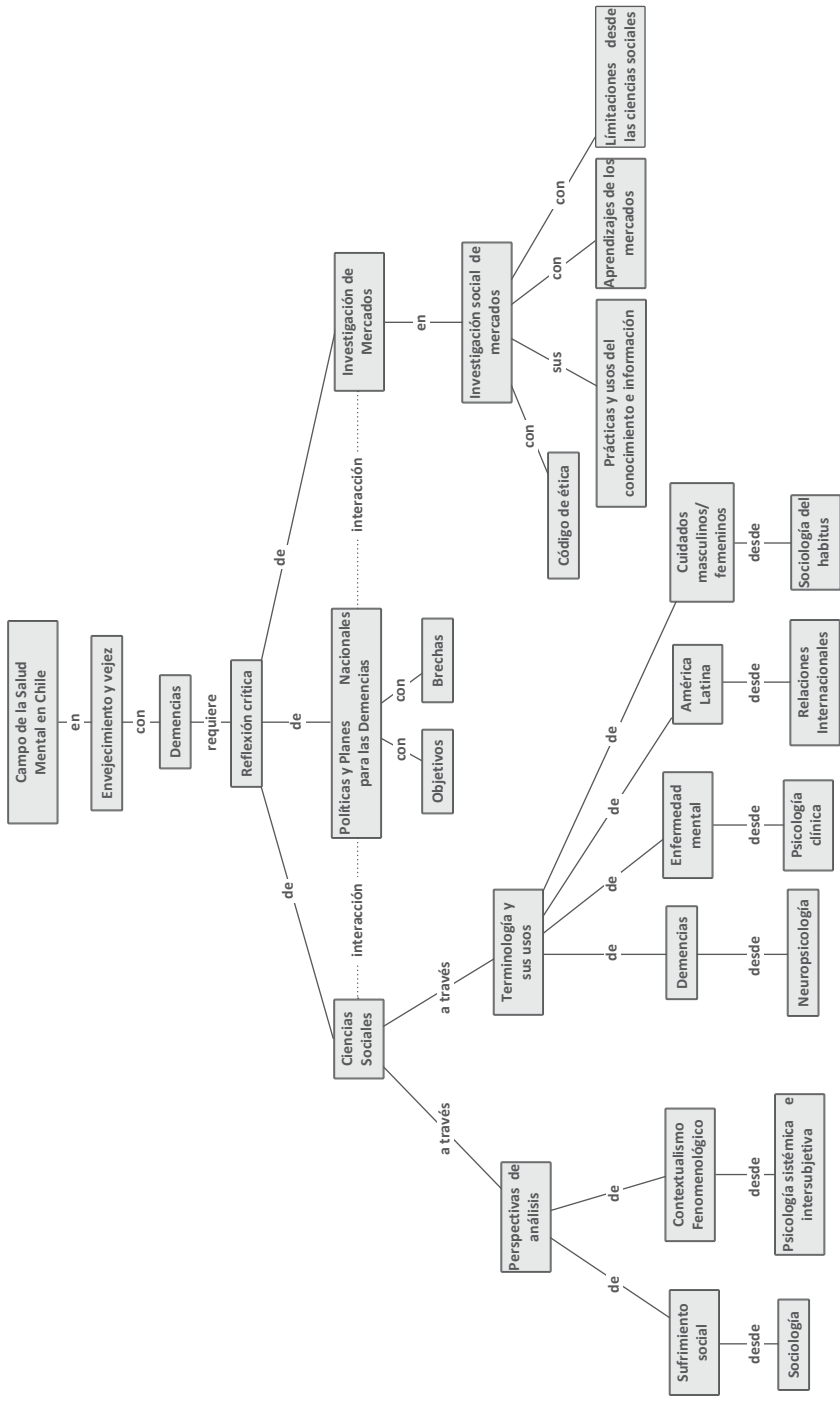
<b>PARTE II.</b>	43
<b>TERMINOLOGÍA Y SUS USOS</b>	
<b>CAPÍTULO 3.</b>	45
Las Demencias: historia, concepto, clasificación y dificultades diagnósticas Andrea Slachevsky	
<b>CAPÍTULO 4.</b>	65
El uso del concepto de enfermedad mental en psicología clínica: potencialidades y limitaciones en el caso de las demencias Vivian Díaz	
<b>CAPÍTULO 5.</b>	73
América Latina como categorías de análisis para la investigación en vejez y envejecimiento. Contribuciones desde las Relaciones Internacionales Mariano Inostroza	
<b>CAPÍTULO 6.</b>	81
La noción de cuidado masculino de las personas con demencias Ángela Beltrán	
<b>PARTE III.</b>	87
<b>LA ACCIÓN PÚBLICA Y PRIVADA</b>	
<b>CAPÍTULO 7.</b>	89
Breve reseña de las demencias en Chile y el Mundo: Políticas y Planes Nacionales Teresa Abusleme Lama	
<b>CAPÍTULO 8.</b>	103
Las prácticas de investigación social de mercado. Aprendizajes y límites para investigación acerca de las personas con demencias Claudia Baros Agurto	
<b>CAPÍTULO 9.</b>	123
Las personas con demencias y la Convención sobre los derechos de las personas con discapacidad (CDPCD) Hernán Soto Peral	
<b>NOTA BIOGRÁFICA DE AUTORES Y AUTORAS</b>	131

# SIGLAS Y ACRÓNIMOS

ACUS	Acceso y Cobertura de Salud
ADI	Alzheimer's Disease International
ADL	Activities of Daily Living
AIM	Asociación de Investigadores de Mercado
ALAS	Asociación Latinoamericana de Sociología
CDPcD	Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad
CELADE	Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CIE o ICD	International Statistical Manual of Mental Disorders
CIF	Clasificación Internacional de Funcionamiento
CLACSO	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CONICYT	Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica
COPRAD	Corporación Profesional de Alzheimer y otras Demencias
DFT	Demencias Frontotemporales
DSM	Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders
EMV	Encuestas Mundiales de Valores
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FONASA	Fondo Nacional de Salud de Chile
FONDAP	Fondo de Financiamiento de Centros de Investigación en Áreas Prioritarias

FONDECYT	Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica
GPU	Gaceta de Psiquiatría Universitaria
ICBM	Instituto de Ciencias Biomédicas
ICHTF	Instituto Chileno de Terapia Familiar
IMAGES	International Men and Gender Equality Survey
NIA	National Institute on Aging-Alzheimer's Association
OPS	Organización Panamericana de la Salud
PeSD	Persona en Situación de Discapacidad
PIB	Producto Interno Bruto
PPED	Política Pública basada en Enfoque de Derecho
RR.II.	Relaciones Internacionales
SENAMA	Servicio Nacional del Adulto Mayor de Chile
WHO	World Health Organization

# MAPA CONCEPTUAL DE LOS CONTENIDOS DEL DOCUMENTO DE TRABAJO



**PARTE I.**

**PERSPECTIVAS PARA EL ANÁLISIS**



# CAPÍTULO 1.

## CONTRIBUCIONES DESDE LA PERSPECTIVA DEL SUFRIMIENTO SOCIAL PARA LA INVESTIGACIÓN EN VEJEZ Y ENVEJECIMIENTO

*María Emilia Tijoux Merino*

El presente texto se teje desde estudios anteriores sobre la demencia y desde la relación social que tiene con la vejez. En este marco, nos ha parecido interesante para la reflexión que anida este documento de trabajo, detenernos en el concepto sociológico del sufrimiento social que se produce con la llegada de la vejez. El propósito es examinar desde el cuerpo y sus emociones un sufrimiento particular que si bien se encarna en el individuo, proviene de la sociedad que lo construye.

Más allá de un dato demográfico, el envejecimiento de la población es una realidad social que nos lleva a pensar y a preguntarnos por el lugar que tienen las personas mayores en la vida social. No obstante lo más importante es pensar el lugar que las sociedades les dan o les quiere dar. Detenerse en estas cuestiones, que dan cuenta de las relaciones sociales entre los individuos, en medio de las crisis y principalmente de las económicas, implica develar la exclusión al que quedan condenados algunos actores sociales, entre ellos, los viejos. Pero, ¿puede funcionar democráticamente una sociedad que aísla y separa a los “normales” de aquellos(as) que va dejando fuera de esa categoría? Y, acaso ¿no sería también necesario en este marco de pensar la democracia con todos los individuos dentro de ellas, preguntarse por la categoría misma de “personas mayores”? Es en este contexto general que hemos querido reflexionar sobre el sufrimiento social de las personas que envejecen, aun de modo preliminar, pues habría que investigar más largamente sobre el fenómeno, pero con el propósito de abrir la reflexión esta vez no tanto a la descripción de un grupo particular, sino de lo que les ocurre cuando llegan a una edad considerada vejez.

Cuando se trata de pensar, enfrentar y sentir la vejez, es a la luz de lo que observamos día a día en los múltiples espacios y en medio de las

situaciones donde compartimos con los demás, que nos preguntamos por el sufrimiento específico de los viejos(as) y al mismo tiempo por lo que nosotros mismos(as) tenemos –cuando ya hemos envejecido– y tendremos que vivir, por el hecho de portar una edad que la sociedad no soporta y a la que le teme. Porque la vejez siempre llega. Está pacientemente esperando para transformar el cuerpo e incrustarle negativamente la historia de una vida de ataduras con un mundo que al ver que se acerca el final de una ruta, se aparta de la persona que porta a la vejez en su cuerpo. Esta acción de apartarse o de acercarse compasivamente, tal vez lo desencadena el temor que se refleja en un otro más joven respecto a lo que –le– viene y que se hace real en el golpe que el espejo y los ojos de la sociedad le devuelven al individuo. Así, cuando un individuo que envejece o ya viejo roza a un otro, le provoca sentimientos de temor, compasión o desagrado. Este sentimiento adquiere aún más fuerza cuando el cuerpo está marcado por el estigma de la pobreza e informa sobre las características que lo presentan en la vida cotidiana: la clase, el origen, el sexo, el territorio, el estado de salud, por ejemplo. Un sentimiento extraño invade a quien lo mira, haciendo surgir la incomodidad en gestos y prácticas de rechazo que luego se repiten y naturalizan.

Para quien envejece, el estigma de la vejez que marca el cuerpo, participa en la construcción de mitos que convierten a la persona en un objeto dependiente, vaciado de lo social y deshumanizado. La principal consecuencia, es el sufrimiento que la persona experimenta y que tiene el carácter de social.

Ante esta oportunidad de reflexionar sobre la vejez y el sufrimiento social, parto de la pregunta de Marc Soulet (2009) sobre si se puede sufrir socialmente. Es una pregunta compleja proveniente de la dinámica que caracteriza las relaciones sociales a partir de formas individuales del sufrimiento, pero cuyo origen hay que buscar en las estructuras sociales, por fuera de lo que le ocurre a un individuo o a un grupo en particular, en las relaciones sociales mismas o en las formas que adquieren cuando una persona queda sola, pero no entendiendo a la soledad como la que toda persona busca cuando vive en sociedad, sino en aquella no buscada, que termina aislándola para dejarla fuera del mundo que antes tuvo.

Para Hannah Arendt (2005), esta soledad buscada en determinados momentos por el individuo corresponde a un modo de existencia presente. Sin embargo, la soledad permanente que contempla la

vejez, muestra que el peso de los años se traduce en el aislamiento de la persona envejecida, como una forma negativa que se produce al momento en que los demás, con los cuales compartió la existencia, lo abandonan y no regresan, provocando su desolación, que se define como la pérdida de relaciones con un mundo que la desarraigan de los lazos sociales hasta privarla de suelo y de sentido, situación que por ejemplo ocurre en los sistemas totalitarios.

Este sufrimiento de carácter social al que la Sociología invita, se produce en la vida por el hecho de vivir en sociedad, incluso cuando se hacen grandes esfuerzos para intentar que la vida sea vivida del mejor modo. Porque las sociedades producen situaciones patógenas –como explicaba Durkheim (1889) en *El Suicidio*– refiriéndose al debilitamiento de los lazos colectivos cuando se vuelven demasiado frágiles y quedan prestos a romperse dejando al individuo completamente desolado o, cuando están demasiado endurecidos al punto de no dejarlo vivir su propia vida que se arma únicamente para los demás. En ambos casos, es la moral la más herida, porque cuando se deshace el suelo firme que gracias a marcos integradores le permitían al individuo existir, se provoca el descalabro de la desmoralización que luego tiene efecto sobre todo lo social. La lucha que la persona ha dado para permanecer en el mundo, deja de tener sentido y los esfuerzos por haber jugado el juego de la felicidad que la modernidad traía consigo se pierden, dejando al individuo devenido viejo(a) en la desolación y en el aislamiento.

Vale preguntarse entonces por las características de la organización de la vida social y por las formas singulares de sufrimiento social que emergen de dichas características. El sufrimiento social puede ser consecuencia de la separación entre las aspiraciones sociales promovidas por la movilidad social y la posibilidad de conseguir los objetivos propuestos. O como Bourdieu (2007) plantea, se puede entender como la consecuencia de un logro que conduce al fracaso, pues a veces la movilidad deseada y buscada devela contradicciones insoportables, dejando ver una miseria de posición que alude al sufrimiento social de las personas –por ejemplo profesionales–, subordinadas a otras mejor considerados (médico-enfermera).

Actualmente la literatura sobre este tema invita a reflexionar y a cuestionar la felicidad, especialmente cuando el sufrimiento colectivo de otros ingresa a nuestras vidas para golpearnos y hacernos sentir que nuestros sufrimientos no debieran tener el peso que en ocasiones parece derrumbarnos. Claramente, sean los nuestros o de los otros,

los sufrimientos sociales deben ser entendidos en el plano social, pues sus causas son sociales como también sus consecuencias, aun cuando afecten al individuo en lo más profundo de su ser.

El sufrimiento social implica una experiencia radical sobre la cual debiera fundarse una crítica, como señala Emmanuel Renault (2008), que debe ser planteada en relación al hecho de que las luchas contra la dominación generalmente son luchas contra el sufrimiento. Esto lo convierte en un concepto crítico para las ciencias sociales, pero también siendo un concepto descriptivo y analítico que lo saca de un lugar puramente psicológico o cultural. Se trata entonces de analizar los factores sociales del sufrimiento y para ello es necesario privilegiar un enfoque que permita explicar los intereses de los individuos por modificar el léxico del sufrimiento y así visibilizarlo. Hay por lo tanto, un contenido dinámico de la experiencia del sufrimiento: “el concepto de sufrimiento social designa claramente una imbricación compleja de lo psíquico y lo social, de lo biográfico y lo contextual, de lo estructural y lo ocasional” (Renault, 2008, p. 333).

Otro elemento a considerar, es el carácter insoportable del sufrimiento social, que lo hace difícil de definir y problematizar, por estar atado a la condición humana, lo que complica la crítica. Interesa entonces abordar esta condición de sufrimiento más allá de lo que nos ocurra cuando nos haga frente, para buscar en autores clásicos o contemporáneos que han abordado el lugar del individuo en la sociedad y sus lazos con la vida, como Freud (2006), Durkheim (1989), Bourdieu (2007), Goffman (1972), entre otros, algunas respuestas sobre el status y el rol del individuo frente a lo social y los entramados que allí se construyen. Se trata de evitar que se vea al sufrimiento social como un puro accidente de la vida o un azar de la biografía. Es necesario examinarlo desde lo que nos entrega la realidad más cotidiana, buscar las causas de su instalación y su naturalización y observarlo desde un punto de vista epistemológico, para otorgarle el lugar político que le corresponde, por ejemplo cuando se trata de las luchas sociales que dan cuenta de distintas resistencias al sufrimiento.

Respecto a la definición de su carácter social, Renault (2008) nos dice que este proviene al menos de cuatro grandes paradigmas: el de la economía política, que identifica el sufrimiento con la pobreza y que permite desde allí hablar de los buenos y los malos pobres –que muy bien trabaja Wacquant (2004) cuando aborda a la miseria–, es decir los pobres culpables y los pobres víctimas; el paradigma de la medicina que

deja en la sombra las causas sociales más globales del sufrimiento; el de la anomia vinculado al paradigma del sistema penal, que consideraría al sufrimiento como una muerte social, derivada de la disolución de los lazos sociales más que de la dominación y por último el paradigma freudiano, que plantea que el sufrimiento proviene del debilitamiento de los mecanismos de defensa psíquicos y simbólicos. Sin duda al examinar estos paradigmas y realizar la crítica de cada uno de ellos al mismo tiempo que extrayendo sus principales riquezas, podemos pensar que se precisa unir lo social a lo biográfico. Vale decir, las expectativas del Yo que definen al sufrimiento social están relacionadas con factores “positivos” como los traumatismos, la dominación, la exclusión y con factores negativos como sería la débil resistencia al sufrimiento.

Lamentablemente hoy día la noción se ha vuelto palabra, adquiriendo actualidad política e incluso reemplazando a otras, también hechas palabras y que lentamente se van desechando. Se habla de sufrimiento de la gente, de sufrimiento del país que sufre y con ello se dice todo y nada, de ahí que se vuelva objeto político recurrente, tanto para acusar al Estado de no hacer lo necesario para que la gente deje de sufrir, como para construir a una víctima del sufrimiento a la que se debe “ayudar”. Aparece entonces la ayuda, la autoayuda, la ayuda al otro, incluso el cuidado, como un modo de aproximarse a quien supuestamente sufre, pues así se ha decretado. Habría que volver a Simmel (1998) y a su texto sobre “el pobre” para retomar la idea sobre el que la pobreza no es un dato absoluto sino relativo y que no se define por si misma sino por la reacción del grupo frente a ella. Una “categoría” por lo tanto que al igual que la “vejez”, es una tipología social que puede contemplar el estudio de las interacciones recíprocas entre un viejo(a) y la sociedad, –siguiendo al autor– entre quien da y quien recibe.

El derecho de recibir, nos dirá, es decir el derecho a la asistencia, es un derecho fundamental, mientras la obligación de dar es un resultado lógico. Solo que el derecho a la asistencia tiene particularidades, pues si se trata de un derecho esencial, quien recibe no tiene derecho a reclamar la asistencia y queda en una situación similar a la de un objeto. Pero cuando un primer don ha sido entregado, toma la forma de un derecho “adquirido” y el donador no podría rehusar nuevamente dar. Pero algo interesante surge de todo esto: al colocar los individuos cara-a-cara, la asistencia coloca a la persona asistida frente a toda la sociedad y por lo tanto es la sociedad entera que reclama asistencia. Todos somos o seremos viejos(as). De un modo u otro. Entonces se trata de proteger a la sociedad entera. Las sociedades y los viejos se definen mutuamente.

El sufrimiento existe desde siempre, pero se ha convertido en un verdadero problema desde hace cerca unas tres décadas, cuando el individuo también surgía con más fuerza en el mundo público. El sufrimiento antes solía limitarse a la esfera privada para mostrar todo un sentir común reflejado en “asuntos personales” tratados desde la familia o los cercanos, donde imperaban cuestiones de honor y por lo tanto los problemas personales no se comunicaban mucho, “se lavaban en casa” como “trapos sucios”, cuando por lo general se trataba de cuestiones económicas, de enfermedades, situaciones de cesantía, embarazos fuera del matrimonio, problemas mentales o prisión para algún miembro del grupo. La pobreza se ocultaba tras la limpieza “para mostrar”, y la honradez surgía como el valor (“pobre pero honrado) tras el cual que escondían hechos duros por los que pasaban las familias, educadas para guardar los secretos de sus sufrimientos. Pero también eran momentos de triunfo del movimiento obrero donde el trabajo duro y el sacrificio eran valorados de otro modo y lo colectivo estaba en un lugar privilegiado.

Hoy día el sufrimiento ha devenido social y si bien lo que nos convoca es el sufrimiento de los viejos y de la vejez, también se habla y se estudian múltiples otros sufrimientos que atañen a distintos actores de lo social.

Ahora bien, si hablamos de sufrimiento y vejez, lo primero es evitar establecer un lazo, pues éste no puede darse entre condiciones objetivas de un estado y el sufrimiento social como una forma o una condición. Ser viejo o devenirlo no tendría por qué ser fuente de sufrimiento social pues una persona que envejece no implicaría necesariamente un sufrimiento. Lo mismo ocurre cuando se vincula el dolor al sufrimiento, pues el dolor no tendría por qué ser fuente de sufrimiento. Lo que caracteriza al sufrimiento está relacionado con lo insoportable, como la condición de lo que no se puede integrar, pues hacerlo no tendría sentido y en el caso de un viejo, el término de su paso por la vida no tendrá sentido porque lo que no le podemos dar sentido. Se trata del otro, ese ser que encontramos y nos amenaza o quiere apoderarse de nosotros. Es la alteridad que surge con toda su potencia, como describe Levinas (1983).

La sociología y particularmente el sociólogo trabajan las relaciones sociales que se producen entre los individuos y el modo en que se construye y se precisa trabajar el lazo que hay entre lo considerado insoportable y la propia construcción de las relaciones sociales. Probablemente lo insoportable resida en la imposibilidad de construir el “vivir juntos” que tanto se busca o se pregona, con los múltiples micros-

compromisos que estructuran, ordenan y organizan la vida cotidiana. Una vida de todos los días que exhibe al cuerpo joven y propone a la juventud como modelo de existencia.

En este marco que es interesante relacionar el sufrimiento social con el hecho de devenir viejo y preguntarse porque efectivamente hay un lazo entre una condición social que es la vejez y una situación proveniente de las estructuras más globales de una sociedad y al mismo tiempo de la condición actual del individuo atrapado en un sí mismo. Es decir, de un ser que sufre socialmente porque vive en sociedad.

### **¿Qué es un viejo? ¿Quién es un viejo?**

Actualmente se habla de adultos mayores, de personas de la tercera edad, de viejos también, aunque nombrar de este modo a las personas se evita, porque la palabra ha adquirido un sentido negativo, o bien se nombra así para separar, fragmentar o simplemente insultar. Otros manera de referirse a un viejo es tratarlo desde aseveraciones atadas al tiempo natural: “los que están en el otoño de la vida”, o desde un abanico de colores que tienen asignadas representaciones sobre la edad: “los años dorados”, o desde la fatalidad del tiempo cronológico: “los que están al fin del camino”. El uso del término “adultos mayores” también es interesante a cuestionar para ponerlo a prueba de su deconstrucción. Si bien hace mucho somos adultos y mayores, el ensamblaje de ambos términos resulta a lo menos curioso, como si no hubiese posibilidad sino de solo llegar a eso, es decir: ¿qué se es después de ser adulto mayor? Los otros adultos tendrían entonces que ser adultos “menores” o sea no ser nunca completamente adulta y permanecer en el lugar del niño, del infans, que por lo demás tanto el Estado desde sus políticas públicas, como el mercado en su constante trabajo por atraer, convocan. Solo que habría una permanente contradicción, pues a quien se le llama “adulto mayor” es decir una persona con plenas capacidades de decisión sobre su vida, es tratado constantemente como niño, como enfermo, como discapacitado, como no adulto. Me atrevería a decir, como “no persona”, a partir de una construcción potente de otredad que se produce tanto en las familias como en las instituciones y en la sociedad en general.

Un aspecto importante de esta construcción social en este binomio adulto-mayor, es la transformación de un elemento físico de la persona, por ejemplo respecto a la pérdida de la fuerza física, como propiedad social altamente considerada. Dicha pérdida de fuerza suele ser entendida como pérdida de valor. Otro aspecto es la alteración de los

rasgos que se enfrenta al ideal de belleza joven que “se pierde”, hasta lograr que la vejez parezca una edad vergonzosa y por lo tanto triste, una edad triste que provoca temor dado que está vinculada a múltiples mitos. La materialidad de esta pérdida de fuerza corporal conduce además a la transformación del entorno físico que deberá adecuarse a la imposibilidad del cuerpo para moverse del mismo modo que antes lo hacía.

Si relacionamos la vejez con la estructura social, lo que importa es la mirada que se posa sobre la persona, y esta mirada tiene varios aspectos a tomar en cuenta pues la relación con un adulto mayor comprende distintos factores. Me interesa principalmente la construcción social que se hace hoy de un viejo cuando se le corta de los principales lazos que lo atan a lo social (ocurre lo mismo con muchos pobres), del ejercicio de sus derechos humanos y de sus libertades fundamentales. La acción de “protección” se ubica en este contexto y principalmente quienes son dependientes quedan atrapados en lugares que muchas veces tienen un modelo disciplinario, higienista y coercitivo que se implementa de modo más cruel contra ancianos indigentes o sin medios. Son entonces los desfavorecidos y de escasos recursos económicos que experimentan más duramente este fenómeno de encierro.

Definidos como vulnerables, dependientes o incapaces, permanentemente están reconocidos como protegidos “para preservar su dignidad”. Pero los efectos perversos de este modo de tratar se dejan ver muy a menudo. Se suele presentar de modo recurrente la imagen de la persona anciana sola, sin familia, pero poco se aborda y trabaja sobre una familia que acoja y comprenda. El sufrimiento experimentado por las personas que envejecen sin duda es social e invita a reflexionar críticamente las miradas con la que enfrentamos este proceso debido a la representación social que precede al sufrimiento referido.

La connotación negativa de la vejez vehiculada por la representación social, la presenta cargada de un significado simbólico vinculado al desinterés, el aislamiento, la descalificación, la enfermedad vergonzosa o la muerte, que se ubican en lo que podemos llamar “campos de encierro” que implican el confinamiento de la persona que al mismo tiempo precisaría ser controlada constantemente. El viejo entonces es sujeto y objeto de violencias de diversos tipos, que surgen en discursos de desprecio y denostación. Quien es objeto de ello sufre, pero su sufrimiento proviene de lo que se hace y se dice y no de la situación definida por su edad.



Enfrentarse a este sufrimiento social implica para la persona un gran esfuerzo psíquico que le permita oponerse a la constante presión social que la coloca en un lugar ya asignado, proveniente de representaciones de su edad: lentitud, poca participación, encierro en su “propio mundo”, ser desvitalizado, etc. Pero el lazo que se establece entre el estado físico y la reducción del campo de la sociabilidad, conduce obligatoriamente a un abismo del cual difícilmente se sale, en el sentido del Internado de Goffman (1972), donde se despoja a la persona de todo aquello que lo ha hecho un ser social en el grupo y el espacio donde habitaba.

Sufrir socialmente por lo tanto, es un hecho relativo a la vida misma de una sociedad cuyas instituciones trabajan para producir un estado de cosas que al mismo tiempo que sustrae y mortifica al individuo envejecido, trabaja para organizar instituciones e incluso crear políticas que consiguen finalmente que se produzca este sufrimiento social.

Tal vez la reflexión deba hacerse en términos políticos, para tratar críticamente desde este concepto, el modo en que ha proliferado la victimización y la figura de la víctima en las sociedades contemporáneas para vaciar de sentido el lugar que tiene la persona como sujeto de derechos y actor de su propia vida.

## Referencias bibliográficas.

- Arendt, H. (2005). Questions de philosophie morale. En *Responsabilités et jugement* (pp. 125-128). París: Payot.
- Bourdieu, P. (2007). *La Misere du monde*. París: Essais (poche).
- Durkheim, E. (1989). *El Suicidio*. Madrid: Akal.
- Freud, S. (2006). *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza.
- Goffman, E. (1972). *Internados: ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Morrortu.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (2004). *Vocabulaire de la psychanalyse*. París: PUF.
- Renault, E. (2008). Souffrances sociales. *Philosophie, psychologie et politique*. París: La Découverte.
- Levinas, E. (1983). *Le temps et l'autre*. París: PUF Quadrige.
- Simmel, G. (1998). Les pauvres. En *Sociologie*. París: PUF Quadrige.
- Soulet, M.H. (2009). La souffrance sociale, pathologie des sociétés contemporaines. En *Ethique Publique*, 3(2), 72-77. Recuperado de <http://ethiquepublique.revues.org/107>
- Wacquant, L. (2004). *Punir les pauvres le nouveau gouvernement de l'insecurité sociale*. París: Broché.